

voz patética de la tierra americana; con un acento vigoroso y fresco de zona virgen. Cualquier país de América hispana, se enorgullece con algunas creaciones novelescas en las que hay no sólo calidad artística, sino vibraciones y grandeza, pasión y colorido. ¿Para qué citarlas? Se las conoce ya de sobra.

Poniendo de lado consideraciones estéticas, sería hasta un negocio para los libreros españoles la edición de obras americanas. Porque la novela española no cuenta hoy como ayer, con grandes nombres y el terreno de la creación está ya un poco cansado. Se suceden los mismos conflictos, casi los mismos personajes y ambientes y esa naturaleza domesticada, no permite, como la de América, la exaltación al plano novelesco de recias figuras humanas. América, en cambio, las posee, no sólo en su historia, sino en la violencia de sus días presentes. En América la decoración, el medio, la fuerza desordenada de su naturaleza, dan vida a personajes que no pueden crecer, sino por otras condiciones, en los medios europeos. Francia ha entendido mejor este problema y sus editores han sabido elegir, bien que muy lentamente, algunos libros que a ellos, sin duda, parecerán exóticos, pero que ayudan a comprender este vasto y trágico sentido de la vida americana.

España, vinculada por tantos motivos a los países hispanoamericanos, aun no ha podido vincularse en la única forma perdurable y profunda que crea la verdadera comprensión y el verdadero entendimiento: Por la penetración artística de América en la Península.—D. M.



DUQUE, novela por *J. Diez Canseco*.

¿Es la aristocracia limeña la que el novelista peruano José Canseco pinta en su novela «Duque» (1), que una editorial chi-

(1) Editorial «Ercilla», (Santiago, 1934).

lena acaba de dar a la publicidad? ¿Son los herederos de esa aristocracia de abolengo y de tradición los que arrastran en estas páginas nerviosas, esquemáticas y movidas, su modernismo vicioso, sus refinamientos cosmopolitas, sus arrogancias desenfadas de hijos de una civilización en agonía? ¿O es quizá ese medio indefinible que se forma al margen de las verdaderas aristocracias con elementos de todas las castas, con gente enriquecida en las especulaciones, con extranjeros nacionalizados, expertos en el arte de ganar rápidamente dinero; con tipos de la clase media, que, por la fortuna, logran mezclarse con familias tradicionales, y asimilan, con extraña prontitud, todos los refinamientos de clases sociales más elevadas? Lo cierto es que el novelista que vivió en esos ambientes y formó entre sus legiones, ha descrito un sector social en el que los tipos y las costumbres constituyen los elementos propios de lo que se denomina aristocracia.

Todo en esta novela, que se lee con extraño placer y sintiendo su brevedad, infunde desolación. Todo es en ella crepuscular, todo da la sensación de término, de resquebrajamiento, de inevitable e inminente liquidación. Las mujeres, son las mujeres de la disipación; los hombres, son los niños bien de una casta que nada puede esperar de sí misma. Triste cuadro este, y doblemente triste, porque presenta el espectáculo de una sociedad que todo lo ha copiado de Europa, menos sus grandes virtudes y sus honras clarividencias. Así pasan en esta cinta, entre un continuo ajetreo, en las noches y en los días, los grupos de hombres y mujeres que van tras el placer, que todo quieren saberlo, sin reparar en las consecuencias; que erigen, como fin supremo de sus existencias, el goce físico.

El cinismo que invade estas páginas, las escenas crudas que decoran el final de ciertos capítulos, la filosofía desencantada que exudan algunos de sus personajes, de vividores, están aquí tratados con un esquematismo frío y poderoso a un tiempo. Como muy bien lo expresa Luis Alberto Sánchez en el prólogo, esta novela es un acta de arrepentimiento. Diez Canseco penetró

en esa vida frívola—entiendo que pertenece a una familia tradicional de Lima—, convivió en un sector de esa sociedad, y luego, cansado del contacto, lo describió con todos sus vicios y pasiones. Tales cuadros de la vida de una capital americana corresponden a innumerables cuadros de otras ciudades americanas. Porque América paga caro los platos rotos de la inocencia en la imitación de ciertos vicios y refinamientos que Europa mantiene, porque allá la tradición puede dar firmeza y solidez al fundamento de las sociedades. La naturaleza humana, todavía virginal, de estos países, se quebranta rápidamente con la adopción de costumbres que sólo puede tolerarlas un organismo ya macerado en una ética fuerte e incorruptible. así camina, o pasa la vida en esta novela, en la intimidad afebrada de los placeres, de los clubes de juego, a los fumaderos de opio; de los prostíbulos, a los sitios elegantes; de las canchas de golf, a los lugares secretos. Una penumbra que se extiende sobre el fondo tradicional de la ciudad legendaria, no logra atenuar la crudeza de ciertas pinturas realistas y dolorosas. Sin dolor romántico, por cierto, sino dolor auténtico; dolor que brota del desengaño y de la derrota. Diez Canseco posee el arte de un cronista con mucho sentido irónico. Su pintura es directa, mordiente, satírica. Prefiere no hacer concesiones al lector, y lo dice todo en frases breves, intencionadas, rápidas y, a menudo, cínicas. Caen las mujeres, resbalan los hombres todas las pendientes, en medio de la complicidad que les presta la vida de sociedad. Unos a otros se toleran y se disculpan; pero unos y otros se desgarran más tarde en la tortuosa intimidad de la chismografía. Florece en estas páginas, pintado con maestría el triste cuadro de los hombres envilecidos por los extravíos sexuales, que la moda, disfrazada de biología, tolera y perdona...

Exteriormente las mujeres sudamericanas tienen todas las apariencias de mujeres refinadas, que conoce muchos vicios. Sus grandes ojeras, sus labios crudamente pintados, sus ojos agrandados por el *kohl*, sus ademanes cinescos, les dan un aire

de vampiresas criollas. La intimidación es apenas una sombra de aquello. Ni tan viciosas, ni tan refinadas. A menudo ni lo uno ni lo otro. Más bien víctimas de la propia exterioridad, que las lleva al borde de peligros, de los cuales se asustan y se retraen. Dan una impresión enteramente diversa a lo que en realidad son. De ahí los equívocos, los desencantos, las caídas, que el ambiente prepara con la complicidad de sus imitaciones europeizantes o yanquizantes. Espejismo engañoso que el novelista de «Duque» insinúa en el tipo de mujer Beatriz, que sirve de eje, junto con el tipo de niño bien, Teddy, a esta novela de cinismo y de dolor, en la que América española puede reconocer un aspecto típico de su interesante fauna humana.

La Editorial Ercilla ha hecho bien en editar esta novela peruana. Pero, ante todo, es digno de aplauso el programa que se ha trazado, de dar a conocer las novelas más importantes de escritores hispanoamericanos, que tanto cuesta conseguir en Santiago. Las diferencias de moneda, y la carencia de mercado o, mejor, de comunicaciones intelectuales con los demás países de este continente, impiden el conocimiento de las buenas obras de otras literaturas.—D. MELFI.



CUENTOS

«CARTUCHO», por *Nellie Campobello* (1).

Personajes de juguetería. Temperamento de niña, cruel y desaprensivo; mirando juegos de Hombres del Norte. Soldaditos de plomo que sangran y mueren. Pancho Villa con «unos ricitos muy ricitos». La obra de Nellie de Campobello no tiene antecedentes literarios. Frase muy repetida, en este caso exacta. La

Ediciones «Integrales». (México, 1933).